

EN EL PAÍS DE LAS PALABRAS

Conferencia pronunciada por el académico Manuel Seco el 13.3.2014,
en la celebración del Día de la Fundación pro-RAE

En 1868, un novelista español desconocido (porque aún no había publicado ninguna novela), llamado Benito Pérez Galdós, escribió un cuento que comenzaba así:

Érase un gran edificio llamado *Diccionario de la lengua castellana*... Por dentro era un laberinto tan maravilloso que ni el mismo de Creta se le igualara... [En sus crujías] se hallaban innumerables celdas ocupadas por los ochocientos o novecientos mil seres que en aquel vastísimo recinto tenían su habitación. Estos seres se llamaban palabras.

Pasado un siglo, en 1974, otro narrador, esta vez inglés, Gerald Durrell, escribió otro relato que también se refería a la vida doméstica y personal de estas leves criaturas que son las palabras. Contaba el novelista cómo unos niños conocen a un loro que, a diferencia de sus congéneres, y de muchas personas, habla sabiendo lo que dice. A los niños les llama la atención que, al hablar, el loro emplea abundancia de voces rebuscadas. Ante su extrañeza, el loro se explica: “Lo que hago –dice– es sacar a algunas palabras a tomar el aire”. Y les declara entonces que, en su país, él tiene un puesto muy importante: *Guardián de las Palabras*. “¿Vosotros sabéis –continúa– cuántas palabras hay en nuestro idioma? Doscientas mil... Pues bien: la gente corriente usa siempre unas mismas palabras... ¿Y qué creéis que les pasa a las palabras que no se usan?... Pues que, si no se las cuida y se les permite hacer ejercicio, se desvanecen y acaban por desaparecer, las pobres”.

Nos llama la atención el número de palabras que según Galdós se alojan en el maravilloso edificio del Diccionario español: nada menos que *ochocientas o novecientas mil*. Por su parte, las que el

Loro Guardián dice que tiene a su cuidado, todas las de su idioma inglés, son *doscientas mil*.

En realidad, estas cifras no tienen más base que la imaginación de los narradores. Valen como simples exponentes de la sensación de infinitud con que los hablantes percibimos el caudal de las palabras de nuestro propio idioma. Es la percepción del enorme territorio que en la vida humana ocupa el lenguaje articulado, el medio de comunicación más sofisticado y perfecto entre los de todos los seres vivos. A la existencia del lenguaje articulado se debe la de todas las sociedades humanas.

En las lenguas de nuestra civilización son elementos básicos las unidades de valor conceptual más o menos preciso que llamamos palabras. Son ellas, las palabras, las que cubren la zona más amplia, el país más extenso dentro del limitado mundo de nuestra inteligencia. Y son ellas las que habitan, llenándolas, las páginas de los diccionarios.

Decía muy bien el Loro Guardián: muchas palabras languidecen y acaban por morir entre las páginas de los diccionarios. No puede ser de otra manera. La tradición lexicográfica transmite el caudal léxico de unos diccionarios a otros. Cada nuevo diccionario se edifica sobre el caudal de otros anteriores, guardando un notable contingente de palabras viejas o desusadas: unas enfermas, otras terminales, otras muertas.

De ahí la percepción, por muchos, del diccionario como un gran cementerio. En la novela *Rayuela*, de Julio Cortázar, sus personajes llaman *cementerio* al diccionario, con el cual juegan y se divierten, exhumando palabras y definiciones apolilladas.

Frente a esta visión hilarante y negativa, el libro-inventario de las palabras ha suscitado muchas manifestaciones de respeto. Pablo Neruda le dedicó una de sus *Odas elementales*, que parecería una

réplica a la satírica necrópolis de Cortázar (si no fuese anterior a ella): Decía Neruda:

Diccionario, no eres / tumba, sepulcro, féretro, / túmulo, mausoleo; /
sino preservación, / fuego escondido, / plantación de rubíes, /
perpetuidad viviente de la esencia.

Ahora bien: el diccionario es bastante más que la reserva donde están confinadas las palabras; más que un simple museo de ellas o una exposición inmóvil de la potencia y vitalidad del idioma. Es ante todo una herramienta destinada a hacernos comprender los mensajes de cuantos comparten con nosotros ese idioma, y a ayudarnos a mejor comunicarnos con ellos. Pero mucho más: la consulta del diccionario aporta estabilidad y precisión a los conceptos, casi siempre de contornos vagos, alojados en nuestra mente.

El diccionario no es un mero ayuda de cámara en nuestro uso de la lengua. El diccionario *no solo se consulta*, por pura necesidad; *también se lee*, por puro placer. Y su lectura puede ser no menos enriquecedora, amena o cautivadora que la de cualquier otro género de escritura: relato, poesía, historia, pensamiento.

El paso de la consulta utilitaria a la lectura gozosa es un proceso natural y hasta insensible. Como decía Fernando Huarte en su libro *Uso y disfrute de diccionarios y enciclopedias*:

Después de leído lo que se buscaba, el diccionario invita a callejear por sus páginas. Porque gusta ver impreso lo que se sabe: porque una palabra recuerda a otra, y uno quiere comprobar si está tratada tal o cual cuestión conforme al propio prejuicio o conocimiento.

Este *callejeo* que dice Huarte lo realizamos también a menudo sin que sea necesariamente *postre* de una consulta; sino una lectura por mero placer, porque sí. “Tal lectura no utilitaria, picando acá y allá”, es una tentación que a todos puede atraparnos. Un ensayista

norteamericano, Albert Joy Nock, declaraba: “Como pura lectura despreocupada, yo siempre encuentro en el diccionario el libro más interesante de nuestra lengua”.

Yo mismo descubrí esta sencilla felicidad cuando tenía nueve años, en Gran Bretaña, adonde me había llevado nuestra guerra civil. Allí, para adentrarme en el idioma, compré un diccionario inglés muy elemental, con el que, además de aprender, me regalaba a menudo el paseo por sus páginas, leyendo una definición, y otra, y otra, de palabras corrientes elegidas o sorprendidas acá y allá.

De vuelta a España, trasladé este vicio de la lectura placentera, en forma de zapping, al *Diccionario manual* de la Academia. Y desde aquella edad infantil nunca he perdido el gozo de la *lectura* despreocupada de un diccionario.

Durante mucho tiempo viví convencido de que este hábito mío era un deporte solitario. Pero cuando, pasado más de medio siglo, leí cómo Gabriel García Márquez elogiaba, entre los méritos de la entonces recién fallecida María Moliner, el que su diccionario fuese "*el más divertido*", tan inesperada valoración me hizo ver que yo no estaba solo en mi adicción. Y después he sabido que ilustres escritores franceses, desde Théophile Gautier a Jean-Paul Sartre, han pertenecido a la "secta" que uno de ellos, Charles Baudelaire, bautizó como *lexicomanía*. Esta palabra, *lexicomanía*, suena hartito expresiva, pues hace pensar en *locura*: la locura por los diccionarios. Pero el *amor* a los mismos, apasionado o no, puede mejor llamarse, como hizo en nuestros días el citado Fernando Huarte, *lexicofilia*.

Hoy las tecnologías que se han adueñado de nuestra mesa de trabajo nos sirven en bandeja la posibilidad de deambular, en descansada lectura, por los venerables diccionarios de nuestro pasado, y sobre todo por los veintitrés avatares que, durante tres siglos, ha vivido el Diccionario de esta Academia.

Una de las curiosidades entretenidas que ofrecen muchos diccionarios es la información sobre el origen de cada palabra, esto es, sobre su etimología. En la antigüedad se sentía la *etimología* como lo que este nombre quería decir: el “sentido verdadero” de la palabra. En el siglo VII, san Isidoro de Sevilla escribió un caudaloso tratado, las *Etimologías*, donde “demostraba” la conexión directa entre los nombres y las cosas por ellos designadas. Un ejemplo (en traducción española): es, entre miles, la palabra latina *cattus*, español *gato*: “*Cattus* –dice– deriva de *captura*. Otros opinan que se llama así porque *cata* (*cattat*), esto es, *ve*; y es que tiene una visión tan aguda que, con el fulgor de sus ojos, supera las tinieblas de la noche”.

En los diccionarios antiguos, los autores ponían a trabajar su imaginación para desentrañar a toda costa la etimología de las palabras. En 1490, Alfonso de Palencia decía que el nombre ***bombarda***, designador de un cañón de grueso calibre que disparaba piedras, se explicaba por sí mismo: «*bon*, en saliendo la piedra; y *bar*, mientras que va; y *da*, quando ya fiere» (cuando golpea).

En 1611, el erudito canónigo de Cuenca Sebastián de Covarrubias publicó su *Tesoro de la lengua castellana o española*, libro que tiene una doble gloria: es el primer diccionario extenso de nuestra lengua, y al mismo tiempo el primero de una lengua románica, anticipándose en un año al *Vocabulario* italiano de los Académicos de la Crusca, en Florencia. Para explicar el significado de cada palabra española, considerando esencial el conocimiento de su etimología, realizó grandes esfuerzos de imaginación para descubrir en la voz un origen latino, o griego, o árabe, o hebreo. Esta última lengua, el hebreo, era la favorita en sus hallazgos, pues, según él, era la madre de todas las lenguas. Por ello no tuvo ningún problema en afirmar que una voz indígena de América, como *cacique*, venía del hebreo.

A veces, para salvar la distancia entre el étimo imaginado y el término moderno, recurría a unas arriesgadas evoluciones fonéticas que hubieran hecho estremecerse a don Ramón Menéndez Pidal. Así, el español *calabaza* venía, según él, de su sinónimo latino *cucurbita*. He aquí su explicación: "Díxose calabaza del nombre latino *cucurbita*, aunque con alguna corrupción, cucurbaça, cacarbaça, cacabaça, y por la cacofonía, calabaza".

Francisco de Quevedo, contemporáneo de Covarrubias, pensaba sin duda en él cuando decía de los etimologistas que "desentierran los güesos a las voces y dicen que averiguan lo que inventan".

En época un poco más cercana que Covarrubias, en 1899, la propia Academia, como lo hubiera hecho san Isidoro, fantaseaba respecto al origen de algunas palabras. Por ejemplo, del nombre de un ave, la *oropéndola*, afirmaba que procedía "del lat. *aeris*, en el aire, y *pendula*, colgante". O sea, que se llamaba así porque colgaba o parecía colgar en el aire. Pero la Academia olvidaba que ella misma ya había apuntado la etimología acertada en 1737, en el primer Diccionario académico, donde se ponía sencillamente: "Tiene las plumas verdes y doradas, por lo qual se llamó assí": Así de sencillo: *péndolas* (o 'plumas') de *oro*.

La médula del artículo en un diccionario es la declaración del significado de la palabra, piedra de toque de la calidad de la obra. Uno de los mandamientos básicos para su redactor es la *objetividad* y la *imparcialidad* en la definición. En 1845, el mejor lingüista español del siglo XIX, Vicente Salvá, lo reclamaba así:

Un lexicógrafo nunca debe manifestar sus propensiones ni su modo de pensar en materias políticas y religiosas, ni menos ridiculizar o condenar las doctrinas que siguen [...] un gran número de personas de naciones ilustradas.

105 años más tarde (1950), en la misma dirección, el maestro Julio Casares insistía en que las definiciones del diccionario deben estar redactadas en términos neutros, asépticos, sin exhibición de la persona del autor ni de sus ideas, creencias, simpatías o antipatías.

Pues bien, los diccionarios españoles, hasta hace poco, no han sido "neutrales", al menos en religión; no han solido ocultar una firme fe católica. Por ejemplo, Covarrubias, en su *Tesoro* (1611), dedicaba un artículo a **Mahoma** que empezaba con estas palabras: "nunca hubiera nacido en el mundo". En el siglo XVIII, el primer Diccionario académico contenía extensos artículos consagrados a *Dios, Jesús, María* y el *Espíritu Santo*. El de **Dios** rezaba así (nunca mejor dicho lo de "rezar"):

Nombre sagrado del primer y supremo Ente necesario, eterno e infinito, cuyo Ser, como no se puede comprender, no se puede definir, y solo se puede sacar de los Sagrados Oráculos, que es, el que es principio y fin de todas las cosas; que crió el Universo con su Poder y que le conserva por su Bondad; que le rige por su Providencia, y todo pende de su voluntad y procede de su magnificencia infinita.

Todavía en 1992 el Diccionario académico definía esta misma voz: "Nombre sagrado del Supremo Ser, Criador del Universo, que lo conserva y rige por su providencia". Texto mucho más corto, pero no menos devoto.

No debe extrañarnos, pues, que un hispanista francés, Robert Jammes, publicase, en aquel mismo año 1992, un artículo sobre el léxico académico, con el título *Lexicografía e ideología (un diccionario que va a misa)*. A su juicio, en esta piadosa obra las voces de religión se definían como en el Catecismo de Ripalda.

En 2001 la Academia no se mostró sorda a la advertencia, y pasó a definir a **Dios** desde una impecable postura neutral: "**Dios**. Ser supremo que en las religiones monoteístas es considerado hacedor del universo".

En otras épocas, la objetividad en general se quebrantaba más abiertamente, cuando el autor, citándose en primera persona, se metía dentro de una definición, hablando de sí mismo o contando sus experiencias personales. Tal ocurrió a menudo en el *Tesoro* de Sebastián de Covarrubias. Por ejemplo, su artículo sobre el *camaleón* es realmente autobiográfico: decía don Sebastián:

Este animalejo vi en Valencia en el huerto del señor Patriarca don Juan de Ribera, de la mesma figura que le pintan... Quanto al grandor, deuía ser poco más de vn palmo; y le tenían dentro de vna jaula de calandria.

El mayor delincuente contra la norma de la objetividad de las definiciones fue Ramón Joaquín Domínguez, autor en 1846-47 del *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*; quien, en plena monarquía de Isabel II, utilizó su obra como tribuna para proclamar abiertamente sus ideales revolucionarios. Vemos, por ejemplo, su artículo *demócrata*: “Que sigue los principios de la soberanía popular... Enemigo de la tiránica dominación de los reyes”. O este otro, *república*, que comienza así: “Estado en que gobierna el pueblo, o mejor dicho la ley, sin sujeción a reyes ni tiranos”.

El cambio en cada lengua es tan constante e irrefrenable como el paso del tiempo y de las generaciones. Y esta realidad es palpable si cotejamos diccionarios de épocas distintas. En el léxico académico, esa inexorable inestabilidad ha gravitado siempre como un riesgo importante. Es el peso de su historia. El libro que nosotros, en nuestra vida cotidiana, llamamos “el Diccionario de la Academia” es de hecho la versión 23 de un libro nacido hace 275 años.

Es verdad que el constante “perfeccionamiento” de la obra ha sido, según los Estatutos de la Academia, el firme compromiso de

los miembros de esta. Cada nueva edición ha ofrecido adiciones y enmiendas respecto a la anterior, a veces en cantidad y calidad apreciables. Pero estas han sido solo parches, pues jamás se ha llevado a cabo una revisión integral y a fondo de todo el caudal acarreado durante tres siglos. Así que en cada edición coexisten elementos aportados por muy diferentes épocas de la historia de la Academia. Es cierto que en sus últimas salidas se han realizado iniciativas de modernización de criterios y estructuras; pero la huella de la diversidad temporal ha seguido siendo muy visible. A la Academia del siglo XXI se le ofrece una tarea utilísima y delicada: la revisión general de la microestructura de su léxico tres veces centenario.

Como consecuencia del lastre del pasado, el lexicófilo, el aficionado a la lectura de diccionarios, ha podido hasta hoy disfrutar de un ameno entretenimiento si pasea su tranquila mirada por las páginas de las distintas ediciones de nuestro Diccionario.

Donde ha sido más perceptible la diferencia de edad entre unos artículos y otros es en el texto de las definiciones. Por ejemplo, la voz *paje*, que en siglos pasados designaba el servidor joven de un señor para acompañarle y atenderle, todavía aparecía así definida en el Diccionario de 1992 (como quien dice ayer):

Criado cuyo ejercicio es acompañar a sus amos, asistir en las antesalas, servir a la mesa y otros ministerios decentes y domésticos.

Como se ve, la definición está escrita en presente ("cuyo ejercicio es acompañar..."). Pero ¿existían aún estos personajes en 1992? Ese enunciado *era idéntico al que figuraba en el Diccionario 255 años atrás*, cuando todavía existían de verdad los pajes. Y podemos notar el lenguaje arcaico usado en la definición: *ejercicio* por 'ocupación', *amos* por 'señores', *ministerios* por 'menesteres o actividades', *decentes* por 'adecuados'. Ya señaló José Manuel Blecua en 1990 que bastantes definiciones del *Diccionario de*

autoridades se habían conservado idénticas o casi idénticas en la edición de turno del Diccionario académico.

En las definiciones, también podemos asistir a los vaivenes que han sufrido algunas palabras desde su primera explicación. Don Rafael Lapesa daba cuenta, en 1987, de las “sesudas deliberaciones” que habían mantenido los académicos con el fin de producir una definición satisfactoria del verbo *besar*, el cual al parecer preocupaba desde hacía siglos a la real institución. Esta definición, por supuesto, implicaba la del nombre de acción correspondiente, *beso*. En 1611, Covarrubias había definido *beso* con la voz latina *osculum*, que es un diminutivo de *os*, ‘la boca’, “porque el beso – aclaraba– se da con la boca, y para ello la fruncimos y achicamos, lo qual se hace pronunciando la letra V o la B”.

En 1726, en su estreno lexicográfico, nuestra Academia se inspiraba en Covarrubias: *besar* es –decía– “poner la boca sobre alguna cosa y, frunciendo y apretando los labios, pronunciar la B tácitamente; con cierta especie de reverencia en señal de amor u obsequio”.

En 1786, el P. Terreros decía escuetamente: “*besar*, dar muestra de amistad, amor o respeto tocando a otro con la boca”. Observemos, entre paréntesis, que este autor hablaba del beso a personas, mientras que la Academia solo se lo aplicaba a cosas.

Volvamos a la Academia. En 1803, prescindiendo ya de indicaciones fonéticas, se expresaba así. *besar*, “tocar alguna cosa con los labios juntos, en señal de amor o reverencia”. (¡Seguían con “la cosa” como destinataria del beso!)

En 1884 nuestro Diccionario daba instrucciones de uso más explícitas: “Tocar alguna cosa con los labios contrayéndolos y dilatándolos suavemente, en señal de amor, amistad o reverencia”.

En 1970 la definición se hizo más expresiva con la inclusión de las palabras *oprimir* e *impulso*: “Tocar u oprimir con un movimiento de los labios, a impulso del amor, amistad o reverencia”. Es la definición que se mantiene en la por ahora última edición, de 2001.

Pero antes de ahora, el *Diccionario manual* de 1989 insistía en detalles técnicos sobre cómo hacerlo: *besar*: “Tocar u oprimir con los labios juntos y un movimiento de separación de los mismos simultáneamente a una pequeña aspiración, en señal de amor, amistad o reverencia”.

Pasemos ahora a cuestión menos cariñosa, pero más importante. En algunos diccionarios la definición va seguida de una breve frase en la que figura la palabra que encabeza el artículo. Estas frases son ejemplos de uso de la palabra, y constituyen un complemento de la definición precedente, como en el periódico la fotografía es un complemento de la noticia a la que se une. Los ejemplos más excelentes son los que están extraídos de textos reales impresos, como fueron los que figuraban en el primer Diccionario de la Academia, el cual por ellos se llama tradicionalmente *Diccionario de autoridades*. Pero las ediciones del Diccionario reducidas a un tomo –todas las publicadas por la Academia desde 1780 hasta hoy– han prescindido de toda clase de ejemplos, sean reales o inventados, exceptuando unos contadísimos casos de estos últimos.

Pero de esos pocos ejemplos inventados, algunos han arrastrado hasta época moderna una fisonomía bien antigua. Verbigracia, en el Diccionario de 1970 el verbo *caminar* se ilustraba todavía con esta frase: “*Hoy he caminado cinco leguas*”. O en el Diccionario de 1992 se daba aún como ejemplo de *chasco* esta frase de genuino sabor dieciochesco: “*Bravo chasco se ha llevado Mariano*”. Por el contrario, otros ejemplos más modernos

sorprenden por su originalidad; verbigracia, desde 1936 figura, en el adjetivo *reproductivo* –definido como "Que produce beneficio o provecho"–, esta frase ilustrativa: "*La vaca holandesa es más reproductiva que un molino de viento*".

Es deplorable la extrema escasez de ejemplos en las entradas de la mayoría de nuestros diccionarios. De los léxicos publicados por la Academia, el único rico en ejemplos es el *Diccionario del estudiante*, del año 2005.

Los ejemplos, reales o inventados, no son elementos decorativos en los artículos lexicográficos. En este sentido, como decía Huarte parodiando a McLuhan, "una frase vale más que mil definiciones", ya que presenta la palabra actuando en un contexto, mostrando cómo vive y con qué otras palabras se combina. Es famosa la sentencia de Voltaire que durante muchos años han ostentado como lema los diccionarios de la casa Larousse: "*Un diccionario sin ejemplos es un esqueleto*". Y digno de ponerse a su lado es el juicio del lexicógrafo norteamericano James Sledd: "*Un diccionario sin citas es como un índice sin libro*".

El Diccionario ha recibido muchas y elocuentes expresiones de admiración y homenaje. "Un diccionario –decía en 1890 Anatole France– es el universo por orden alfabético". Y *universo* llamaba también al diccionario Belarmino, el zapatero filósofo creado en 1921 por Ramón Pérez de Ayala.

Para Anatole France, la lexicografía era tan antigua como la Humanidad. En efecto –explicaba–:

¿Cuál fue la primera ocupación de Adán cuando salió de las manos de Dios? El Génesis nos dice que lo primero que hizo fue dar sus nombres a los animales. Hizo ante todo un diccionario de historia natural. No lo escribió, porque entonces no habían nacido las artes... No por ello dejó de ser Adán el padre de la lexicografía, como lo es de la Humanidad.

A menudo se ha visto en el diccionario un símbolo patriótico. En 1857, el canónigo Trench, promotor del ilustre Diccionario de Oxford, había escrito que "un diccionario es un monumento histórico, es la historia de una nación".

Anatole France, al proclamar su amor a los diccionarios, encontraba en ellos entera el alma de su patria; sintiendo que en sus páginas (cito textualmente)

están el genio y la naturaleza de Francia, las ideas, las alegrías, los trabajos y los dolores de nuestros abuelos, y los nuestros; los monumentos de la vida pública y de la vida doméstica, de todos los que han respirado el aire sagrado que nosotros respiramos.

Este emocionado canto, que es como la *Marsellesa* de los diccionarios franceses, podría extrapolarse a los de todos los idiomas. Para el nuestro, ya en 1874 el gran Rufino José Cuervo había manifestado que, en el estudio de la lengua nativa, es el Diccionario el libro más importante, "porque en él... –decía– se contienen en compendio la historia, la civilización y las costumbres de un pueblo en particular, y todos los conocimientos humanos en general".

Y ya, con este recuerdo de uno de los sabios más admirables de la lengua española, cerraremos este paseo por el país de las palabras.